

POR EL INDICO TRAS LA ESTELA DE LA «CALBUCO»

Por

Ariel SANDOVAL Hernández

Abogado

Lucía insólita y pretérita entre el conglomerado de buques de guerra, pesados transportes y vapores mercantes que se encontraban fondeados en el caluroso puerto de Aden. Destacaba su esbelto y blanco casco sobre la gris uniformidad de las demás naves y su arboladura erecta distinguíase desde todos los rincones de la rada.

El buque de nuestra historia era la fragata "Calbuco", presta a zarpar con destino a Durban, en Sudáfrica...

Ya no lucía a popa la bandera chilena con que se paseara por nuestras costas durante muchos años, bajo la insignia del armador de Puerto Montt don Germán Oelckers. Conservaba sí su nombre sureño con reminiscencias de lluvias y mariscos. Este, cuatro hombres y un perro era todo lo que de Chile quedaba a bordo de la "Calbuco".

Había sido vendida en 1942 a una empresa norteamericana que la matriculó en Panamá. Corrían los días de la Segunda Guerra Mundial y la crisis naviera hacía rentable cualquier tipo de barcos, aún los viejos buques de antaño sin más propulsión que el viento. De esta manera la "Calbuco" había llegado al exótico y lejano Aden.

La comandaba el capitán don Raúl Bennewitz, joven piloto de la Marina Mercante de Chile a quien los nuevos armadores habían ofrecido el mando. Los

contra maestres Abel Mansilla y Manuel Quiroga y el marinero Huerta también eran chilenos, como asimismo "Coquimbo", el perro del capitán, "quiltro" sufrido y navegado.

El nombre del buque, cuatro hombres y un perro era todo lo que de Chile quedaba a bordo...

—oOo—

Dejó finalmente la fragata el puerto de Aden. Llevaba un cargamento de sal destinado a Durban y bajo su bandera panameña y capitán chileno se agrupaba una tripulación cosmopolita de noruegos, finlandeses, ingleses, españoles, árabes y uruguayos.

Golfo de Aden, 1943

A poco de zarpar había de sentir la áspera bienvenida del Indico. Un violento ciclón la atacó con saña y tras horas de dura lucha libró con averías que debieron ser reparadas con los medios de a bordo. Pero éste era sólo el comienzo del viaje, un viaje que se prolongaría mucho más de lo previsto y que arrastraría consigo muerte y tragedia.

Vientos contrarios, tenaces, desviaron al buque de su ruta. Esto —usual en los tiempos de la navegación a vela— no habría tenido mayor importancia si no hubiera sido porque los víveres alcanza-

ban apenas para llegar a Durban en el menor tiempo estimado. Alimentos frescos iban muy pocos, predominando galletas y fideos. La consecuencia podía adivinarse sin necesidad de mayor suspicacia: racionamiento, hambre y escorbuto, el enemigo jurado de los hombres de la vela.

Los vientos adversos no cesaron y la "Calbuco" derivó muy hacia el S.E., por un Océano Indico tórrido y solitario que patinaba de azul y plata las angustias.

Angustias que ya tomaban la forma de agoreros presagios. Al abrir los cajones de jugo de limón que el capitán había comprado en Aden para prevenir el escorbuto encontráronse con que casi todas las botellas contenían jarabe, ineficaz para combatir el mal. Burda estafa que había de traer fatales resultados.

El Piloto Lagerblom, viejo lobo finlandés de jarcias y lonas, hubo de ser relevado de sus guardias a causa de su debilidad. Afectado físicamente por la enfermedad y aniquilado síquicamente, terminó totalmente loco y poco después falleció.

Seguían alejándose de su ruta. Tanto derivaron, que llegaron casi a la vista de las islas Cocos, entonces ocupadas por los japoneses. Precisamente por temor a ser interceptados por éstos no podían usar la radio para solicitar ayuda. Su bandera panameña habría significado el inmediato hundimiento, de haber sido sorprendidos por los nipones.

Ya el hambre y el escorbuto clavaban sus garras en los desdichados marinos. Iban a bordo dos perros propiedad de tripulantes, amén de "Coquimbo". Uno por uno fueron sacrificados y devorados. Para evitar a "Coquimbo" el triste sino de servir de alimento, su amo optó por matarlo con sus propias manos y tirarlo

por la borda, en una acción dolorosa y guiada por el cariño hacia el fiel amigo.

Pasaban los días. Todos estaban atacados por el escorbuto, en mayor o menor grado. Un contramaestre uruguayo y un marinero sucumbieron al mal, mientras el resto permanecía postrado por la parálisis que es propia de la enfermedad, sin fuerzas para man'obrar, apenas con un hombre sosteniéndose malamente en el timón. El propio capitán, incapaz ya de bajar a su cámara, hubo de instalarse en cubierta con sus cartas e instrumentos. ¡Menos mal que el tiempo era benigno, pues en caso contrario esta nave de agonizantes habría debido enfrentar sola al temporal!

Al fin cambió el viento, caprichoso como una deidad juguetona, y se pudo poner proa a Durban. Sólo cuando estaban ya en las afueras utilizaron la radio para pedir auxilio. ¡Nadie podía tenerse en pié para entrar el buque a puerto! Terminaba así un viaje de pesadilla, una de las últimas trágicas y épicas travesías de la navegación a vela.

—oOo—

¿Qué fue de la "Calbuco"? Después de una larga permanencia en Durban zarpó a Montevideo y de allí a Marsella, donde quedó para no volver a salir. Terminó desguazada y sólo queda ahora su mascarón, conservado en un museo marítimo de los Estados Unidos. ¿Y el capitán Raúl Bennewitz? Es hoy Práctico Autorizado de Canales y sorteja bajos, rocas y corrientes en el intrincado litoral austral como sorteó seis lustros atrás el escorbuto y la muerte en el Océano Indico. ¿El resto de la tripulación? Se ha diluido en el espacio y en el tiempo. Quizá alguno lea esta crónica deshilvanada y somera y vuelva, en alas del recuerdo, al Indico tras la estela de la "Calbuco"...

